

siempre tuve en la búsqueda de la identidad narrativa y evocadora de aquellos tiempos, de aquellas gentes. Me refiero al presidente de La Gavilla Verde, a Pedro Peinado, con quien tan identificado me sentí encausado y camino.

Debería descargar estas líneas de emociones y centrarme en el recorrido que me unió a Pedro Peinado y a todos los amigos, socios y colaboradores de La Gavilla Verde durante su mandato, para con ello visualizar los anhelos y las dificultades que conlleva desentrañar unas historias convertidas en leyenda, en documentos casi ocultos, en ruinas de edificios y en sepulturas intencionadamente sin lápida.

Hacia finales de los años 90, cercano al cambio de siglo, yo empezaba a dejar atrás dos proyectos últimos de orientación literaria en los que andaba metido. Uno, la colaboración con el poeta conquense Carlos de la Rica en las publicaciones de su editorial El Toro de Barro con sede en Carboneras de Guadazaón. Su temprana muerte produjo un hueco demasiado sentido sólo recuperado en parte por otros proyectos. El propio sello editorial fue asumido por el joven poeta Carlos Morales pero desplazando la sede hacia tierras de Madrid y con enfoques nuevos. El segundo fue la finalización y cierre de la revista de divulgación poética La Factoría Valenciana tras 37 números en siete años, en la década de los noventa.

Fue por entonces, ya volcado de lleno en estudiar y defender la intrahistoria cultural de Cuenca, cuando se fueron acumulando sobre mi mesa las continuas referencias que se iban produciendo en torno al maquis. Conocía bien los libros de referencia escritos por Francisco Aguado Sánchez, Fernanda Romeu, y un interesante artículo publicado en la revista Olcades. En mi mente estaban los ecos sonoros y casi el ensueño de personajes de los que de vez en cuando se hablaba con recelo o admiración "El Manco de la Pesquera" y "El Capador de Sotos". Y hasta en mi familia paterna se lle-



vaba con más resignación y mutismo que valentía, a pesar del don de gentes de mi padre, la memoria de la muerte, el asesinato, de mi abuelo Pedro Fernández un aciago día de junio del año 1945.

A nivel nacional era llamativa la recuperación histórica en espacios como Cataluña o León y la publicación de libros como los de Eduardo Pons Prades, Secundino Serrano, Adolfo Lucas Reguilón, o la repercusión de los de Aguado, Cossías y Sorel, sin olvidar la novela de Julio Llamazares, La lluvia amarilla. Pero, sobre todo, dicha visibilidad se empezó a fraguar cuando desde la prensa de Valencia, mi lugar de residencia desde hace más de cuarenta años, se inició la publicación de noticias relativas al homenaje guerrillero en Santa Cruz de Moya, desde el año 1989, de las primeras jornadas celebradas en el año 2000, y la edición de la novela de Alfons Cervera Maquis en el año 1997, a varias de cuyas presentaciones asistí. Además, en estos inicios tampoco faltaron los ecos y sus repercusiones de la preparación de la película de Montxo Armendáriz, Silencio Roto al fin estrenada en el año 2001.

Por esas fechas, no podría saber el año con exactitud, y ya metido de lleno en recopilar datos y bibliografía referentes al maquis, fue una oportuna conversación con un amigo, Alejandro, natural de San Martín de Boniches, lo que me impulsó a dar un paso más en mi acercamiento al tema histórico. "En mi pueblo vive un maquis, Emencio Alcalá". Su mitología ya estaba más que subrayada en mi ejemplar del libro de Fer-